

Cristina Peri Rossi

Todo lo que
no te pude decir



Siempre hay algo que no podemos decir, que quizá cambiaría nuestra vida, que acaso nos convertiría en inocentes... o en culpables. Todo lo que no te pude decir es la esperada y subyugante novela de Cristina Peri Rossi, donde ratifica por qué se mantiene desde hace décadas como la más moderna y audaz de las escritoras hispanas. En esta apasionante y lúcida historia coral, los personajes se enlazan con relaciones muy diversas (amor, sexo, amistad, poder, posesión...), pero con un hilo común: la asimetría que oculta algo, lo indecible, lo que frustra la comunicación plena. Con una prosa llena de hallazgos expresivos, la hispanouruguaya asume aquí todos los riesgos, porque transgrede convenciones sociales, pero también al huir de la ruta narrativa previsible, transitada, trivial.

«Enamorarse es crear una religión cuyo Dios es
falible».

JORGE L. BORGES

«No hay mayor asimetría que la diferencia
sexual y de género».

JULIA KRISTEVA

(Del matrimonio como una de las Bellas Artes)

El idilio de Bubú y Elisa

La noticia la recibió a las nueve y treinta de la mañana, mezclada con la previsión del tiempo para las próximas veinticuatro horas, el estado de la red vial y el índice de contaminación ambiental. Parecía una primavera especialmente virulenta, con índices altísimos de polen, todo el mundo estaba medio alérgico y la temperatura variaba diez grados el mismo día. Y en medio de los pólenes de los plátanos, de los olivos y de las gramíneas, de una patera repleta de saharianos que se había perdido en el mar como la Nave de los locos y las luces del faro de la costa que no iluminaban, la noticia urgente de que Bubú, un chimpancé robusto y poderoso, había roto los barrotes de su jaula en el zoo y escapado, llevando de la mano a su compañera, Elisa. El comisario Fonseca se secó el sudor de la cara (algo iba mal en sus glándulas, provocándole ese fastidioso sudor pero no tenía ganas de averiguarlo, a los cincuenta años estaba demasiado cansado y harto como para ir al médico a someterse a infinitos exámenes para probar que seguramente no tenía solución, como ahora ocurría con este estúpido Bubú). «Es la primavera», pensó. Seguramente la primavera afecta también a los chimpancés. Bubú había roto los barrotes de su jaula como si fueran de mantequilla, y huido con su novia, Elisa, en un viaje desesperado y triunfal cuyo rumbo no sabía, como no sabía su destino final. Por el momento, Bubú había alcanzado unas de las avenidas importantes de la ciudad, aplastado un par de autos estacionados saltando sobre ellos y ro-

to varias vidrieras en busca de comida. «¿Los chimpancés eran herbívoros o carnívoros?», se preguntó el comisario Fonseca porque el informe decía que Bubú había asaltado un supermercado y se había apoderado de una ristra de chorizos y paletilla de jamón, además de un frasco de perfume. ¿El cabrón se habría bebido la colonia como si fuera *whisky* o le había hecho un regalo a su novia Elisa?

—No quiero que cunda la alarma —le había dicho su superior con autoridad— ni que maten a ese bicho porque tendríamos que soportar una serie de manifestaciones de almas caritativas defendiendo los derechos de los animales, pero tampoco podemos dejar a Bubú, o como se llame ese bicho, suelto por la ciudad dándose atracones de mermelada y paseando a Elisa de luna de miel. Así que lo coges enseguida vivo, si es posible, y a ella también, y los devuelves al puto zoo de donde se escaparon sin que los turistas se alteren. Llama al especialista en monos, simios o como se llame del zoo y pídele ayuda.

El comisario Fonseca se quedó pensando en la expresión «cunda la alarma». Últimamente pensaba mucho en el lenguaje, no sabía si por el exceso del sudor de sus glándulas o por la edad, ya le gustaban menos las mujeres, parecía que ahora le atraían las palabras que también eran femeninas. ¿Cómo sería un mundo de palabros, no de palabras?

No había muchas cosas que cundieran, si descontábamos el pánico, la alarma. Su exesposa decía a veces «El dinero no me cunde» y él fruncía el ceño porque la expresión le evocaba un budín. Un budín cunde o no cunde, quizás al sueldo le faltara levadura para que alcanzara a fin de mes.

Llamó al zoo. El experto en monos o lo que fuera se llamaba Suárez, era joven, él no soportaba a la gente joven, lo notó algo frío, algo displicente, como era la gente ahora.

–Hay que encontrar a ese mono como sea y devolverlo a casa, con o sin novia –le dijo Fonseca ásperamente.

–No es un mono –le explicó Suárez–. Es un chimpancé, uno setenta y dos de altura, ochenta kilos de peso y treinta y cinco años de edad. Es activo, inteligente, muy emprendedor y fuerte. En cuanto a Elisa, es una hembra muy agraciada, de veintidós años, uno cincuenta y seis de estatura, cincuenta kilos de peso y muy fiel.

–¿Me puede explicar usted cómo se las ingenió para romper los barrotes de la jaula? ¿Estaban oxidados? ¿Eran de mantequilla? –preguntó, alterado.

–Es una jaula relativamente nueva –explicó Suárez– y en perfectas condiciones. Es más –agregó–, cada noche es revisada barrote por barrote para evitar huidas.

–¿Cómo pudo...?

–Está enamorado –afirmó Suárez.

El comisario Fonseca transpiraba copiosamente. Las malditas glándulas.

–¡No diga tonterías! –gritó–. Tengo que atrapar a ese chimpancé como sea antes de que destroce la ciudad, mate a mucha gente o lo atropelle un autobús. Y usted tiene que ayudarme. El turismo de esta ciudad debe conservar su buena imagen, estamos a punto de iniciar temporada y un mono loco suelto no puede arruinar la imagen de la ciudad. Esto no es África. La gente que viene del extranjero viene a gozar de las playas, de las comidas, de la bebida, y no a ver chimpancés, si quisieran ver chimpancés se irían a África. Ese Bubú o como se llame llevará un chip, supongo –preguntó Fonseca.

–No tiene chip –informó Suárez.

–¿Me quiere decir que tienen a los monos sin identificar?

–Están identificados –dijo Suárez–. Le puedo proporcionar un enlace de internet y verá a la pareja, pero no tienen chip, porque no es necesario.

–¡Es necesario! –gritó Fonseca–. Y mándeme ese enlace de inmediato.

«A todas las unidades. Chimpancé de uno setenta de estatura, ochenta kilos de peso, treinta y cinco años de edad, se ha escapado de su jaula del zoo llevando consigo a su novia Elisa, una chimpancé agraciada de veintidós años, uno cincuenta y seis de estatura y cincuenta kilos de peso. Bubú es fuerte y peligroso. Ha destrozado varios autos y ha robado en un supermercado. Imposible saber hacia dónde se dirige. Alerta a todas las unidades. Ubíquelo e intenten atraparlo antes de que ahuyente a todo el turismo presente y futuro». Tenía varios comunicados electrónicos. Lo habían visto en tal o cual calle, rompió varios escaparates, ahuyentó a todos los turistas de una cafetería al aire libre, destrozó las instalaciones eléctricas de una refinería y era imposible saber hacia dónde se dirigía.

«En esta ciudad no hay bosques –pensó Fonseca–. Solo se le puede atrapar en la calle, salvo que él sepa algo que nosotros no sabemos». Miró el enlace que le había enviado Suárez.

Ahí estaba la foto de Bubú, un chimpancé de mirada astuta, largos brazos y un aire decidido que le hizo temer lo peor. En cuanto a Elisa, parecía sonreír todo el tiempo («¿Qué mierda le pasa a su dentadura?», pensó Fonseca transpirando) y tenía algo femenino que lo estremeció. «¿Cómo un chimpancé iba a tener algo femenino?», pensó.

Todo el mundo estaba medio loco. Nadie mejor que un comisario para saberlo.

Fijó las imágenes de ambos chimpancés en la pantalla. Le pareció que esos ojos negros querían comunicarle algo. Suárez lo interrumpió.

–Bubú está enamorado y huye con Elisa, su enamorada, seguramente buscando un bosque lleno de árboles y frutos dulces y comestibles, una especie de paraíso, como Romeo y Julieta –le dijo.

–¿Quiere dejar de decirme bobadas? –le espetó Fonseca–. ¡Un mono enamorado! La página que me mandó dice que son promiscuos –contestó fastidiado.

–¿Y qué hombre no lo es antes de los cincuenta? –le preguntó Suárez.

Ahora el sudor le bajaba por el cuello y se le metía dentro del uniforme.

–No sea estúpido –dijo Fonseca–. El noventa y ocho por ciento del ADN semejante no le da derecho a suponer que un mono se enamora. Quizás esa diferencia del dos por ciento es lo suficientemente importante como para hacer dos especies diferentes. Y un mono no se enamora.

–Bubú sí –insistió Suárez–. Ha sido muy promiscuo, de joven, pero desde que intimó con Elisa, es un perfecto caballero que ama a su pareja, la protege, la llena de regalos y sueña con un paraíso privado, como Adán y Eva.

Fonseca se sublevó.

–¿Cuántos años tiene usted? –le preguntó.

–Veintisiete –dijo.

–Es muy joven –dijo Fonseca.

–No crea. Ellos a esa edad, hace tiempo que son adultos.

–¿Se ha enamorado alguna vez? –preguntó.

–No –dijo–. Pero puedo imaginar qué se siente.

–Nada especial –gritó Fonseca, que quizás se había olvidado de la vez en que se enamoró de su mujer y todo aquello le parecía una tontería de holgazanes–. Ese estúpido mono ha roto los barrotes de la jaula y ahora está de juerga –gritó–. Prometo que lo cazaré y lo encerraré definitivamente en un hospital para monos locos –dijo–. Solo dígame una cosa: ¿hacia dónde cree usted que se dirigen?

–A las afueras de la ciudad, al parque de la Ciudadela.

–¿Y cómo va a saber ese mono loco dónde está la Ciudadela? –preguntó Fonseca.

Suárez hizo un silencio. Luego, dijo:

–Hace una semana les pasamos un documental por televisión –explicó Suárez pausadamente–. Era un documental sobre el bosque de la Ciudadela, y él mostró un interés muy especial, aplaudió sobre una caja de madera como un tambor, bufó, gritó, expresó su alegría.

–¿Quiere decir usted que sus monos miran televisión?
–gritó Fonseca.

–¿Sus hijos no miran televisión?

Los hijos de Fonseca ya eran grandes, su trabajo le había impedido criarlos, habían mirado televisión de chicos y seguramente lo harían también de grandes.

–¡En esto se gastan los dineros públicos! –gritó Fonseca–. ¡En televisión para monos!

–Forma parte de su educación –explicó Suárez–. Y se entretienen. No hay nada más destructivo que un mono aburrido. Usted lo comprenderá por su trabajo.

La cantidad de delitos que cometen jóvenes llenos de hormonas sencillamente porque se aburren. Lo cierto es que Bubú quedó encantado con la Ciudadela y lo más normal es que haya soñado con trasladarse hasta allí con su amada.

Fonseca cortó. Dio instrucciones a todas las unidades para que prestaran especial vigilancia a las vías que conducían al bosquecito de la Ciudadela. Hasta el momento, además de cinco autos averiados, una bicicleta rota, varios escaparates destrozados y un perro muerto, no había ocurrido ningún otro incidente de importancia, pero la noticia difundida por internet, la televisión y las radios había alertado a toda la ciudad y el ministro del Interior había intervenido pidiendo a los habitantes que evitaran salir de sus casas y tuvieran precauciones para no encontrarse con la pareja de monos sueltos.

Fonseca se tranquilizó pensando que si todas las patrullas se dirigían a la Ciudadela el caso iba bien encaminado.

En la pantalla seguían fijas las imágenes de Bubú y de Elisa. Miró atentamente a la hembra. Tenía una expresión dulce y los ojos levemente humedecidos, como si sintiera una ternura muy íntima. Miró a otras monas de las páginas del zoo. No había nada que hacerle: Elisa era la más guapa. Transmitía una especie de sentimiento, Fonseca no podía decir qué clase de sentimiento porque los sentimientos no son fáciles de distinguir. No es fácil distinguir la nostalgia de la reminiscencia, como no es fácil distinguir la melancolía de la tristeza. Pero seguramente Bubú había captado esa emoción que transmitía Elisa. «Para Elisa» recordó Fonseca. Su hija tocaba al piano esa pieza cuando era pequeña. Sin duda esa mona tenía un encanto especial, y Bubú, ese macho alfa, ese macho campeón, había sucumbido a sus encantos, la quería solo para él —no hubiera sido difícil en la jaula, donde las jerarquías son tan estrictas, pero había visto el documental del bosque e imaginó el Paraíso—. El Paraíso para él y para Elisa, lleno de árboles donde mecerse, deliciosos frutos que saborear, enormes hojas para construir sus camas y la libertad de ir a un lado o a otro sin rivales, sin testigos, sin horarios, sin límites.

El último comunicado lo dejó perplejo. Decía: «Se ha avistado al chimpancé huido en una florería de la avenida Dos de Mayo, donde se ha apoderado de numerosas flores, roto las macetas y empujado a la dueña del local, que ha caído rompiéndose el peroné. Los vecinos se escondieron despavoridos. Cuando llegó la patrulla, el mono ya había desaparecido, llevándose varios ramos de flores».

—¿En qué estación del año se aparean los chimpancés? —le preguntó Fonseca a Suárez que seguía conectado con audífonos y con un ordenador la persecución de Bubú.

—En cualquiera —le dijo Suárez—. Los machos son muy agresivos y agreden a las hembras para dominarlas y poder aparearse, exactamente como nosotros —recalcó.

–¿Entonces por qué este estúpido Bubú no se limita a darle unas buenas palizas a Elisa y a tenerla a su disposición? –se quejó Fonseca.

–Le dije que se ha enamorado –musitó Suárez–. Pasa pocas veces, pero a veces pasa. También los hombres y mujeres se enamoran entre sí y se protegen –dijo.

Fonseca le contó lo de las flores.

–¿Usted cree que se apoderó de las flores para comérselas? –preguntó, interesado a su pesar.

–Posiblemente. Deben de estar nerviosos y excitados, no estoy seguro de que encuentren fácilmente con qué alimentarse, pero quizás Bubú pensó que era un buen presente para su amada.

Fonseca imaginó a un mono enorme, brutal, con la boca llena de tallos de flores saltando entre los autos, las motos, el tráfico, dispuesto a hacerle un regalo a su amada.

En ese momento, recibió una llamada al móvil. Era un subalterno.

–Creo que he localizado al mono, mi comisario –dijo.

–¿Dónde está? –preguntó Fonseca.

–Se dirige a la Ciudadela, como usted dijo, pero chocó contra un autobús y creo que está herido.

–¿Y ella? ¿La hembra? –preguntó Fonseca, anhelante.

–Se han separado o les hemos perdido la pista. Al principio iban juntos, pero luego algo los separó. Creo que ella se asustó mucho con el accidente del autobús y huyó entre los árboles.

–¿Entonces ya habían llegado a la Ciudadela?

–Tenemos la Ciudadela cercada, tal como usted nos indicó, no podrán entrar sin ser vistos, los atraparemos enseguida.

–Tengo orden del ministro del Interior de que se los conserve con vida –informó Fonseca.

–Sí, señor –dijo el subalterno.

Fonseca transpiraba a pesar de que la temperatura no era muy alta y esperó confiadamente que dispararan al

mono, con un rifle con anestesia, algo que lo inmovilizara. Lo metería dentro de una red, lo llevaría a casa, a la jaula y final de la aventura. El Paraíso no es para los monos. ¿Y dónde estaría ella? Seguramente le habría dado alguna clave para encontrarse. No sabía cómo eran las claves de los monos pero debían de tenerlas. El noventa y ocho por ciento del ADN idéntico, pero ¿quién podía decir todo lo que significaba ese dos por ciento de diferencia? La diferencia entre hablar y no hablar, entre gobernar el mundo o ser metido en una jaula, la diferencia entre ser dominadores o dominados. ¿Qué clave usarían entre ellos?, ¿cómo hacían los policías para comunicarse?

¿El nombre de una flor? Imposible. Seguramente Bubú era un buen amante pero no podía saber que una orquídea es una orquídea y una rosa, una rosa.

Miró fijamente la pantalla. Elisa tenía una expresión muy dulce. «Por favor, salven a Elisa», se le ocurrió pensar y enseguida se tomó un café de la máquina expendedora, porque estaba perdiendo la cabeza.

En ese momento, recibió un comunicado.

–Señor, tuvimos que matarlo –dijo el subalterno.

–¿Queeeeé? –gritó Fonseca.

–Órdenes del inspector jefe, señor –informó.

–¡Pero si el ministro dijo que lo detuviéramos vivo y salvo! –gritó Fonseca.

–Señor, se había parapetado sobre el tejado de una casa y lanzaba las tejas a diestro y siniestro, a gran velocidad y con mucha precisión. Hirió a varios transeúntes, luego saltó a otro tejado e hizo lo mismo. Estaba enfurecido, como loco –relató el subalterno.

–¡Dije que no lo mataran! –gritó Fonseca.

–No quedó otra solución. Ya habían aparecido varios hombres del lugar con rifles y escopetas y estaban dispuestos a disparar si no lo hacíamos nosotros. La gente estaba muy asustada, señor.

–¿Cuántos disparos? –preguntó Fonseca, más resignado.

–Cinco simultáneos con rifles de mira telescópica –dijo el subalterno.

–¿A dónde apuntaron?

–A la cabeza y al corazón. Se desplomó enseguida, señor.

–¿Y la mona? ¿Dónde estaba la mona? –preguntó Fonseca.

–No la hemos visto, señor. Seguimos buscándola pero sin resultado. Estamos batiendo todo el parque palmo a palmo...

–¿Qué ha hecho con el cadáver del mono?

–Está ahí, señor. Esperamos que usted nos dé instrucciones.

–Yo dije que no lo mataran.

Hubo un silencio. Después Fonseca dijo:

–En un costado del parque hay un pequeño lago, ¿verdad? Se acordaba del laguito porque había llevado a jugar allí a su hija menor cuando era pequeña. A zarpar embarcaciones de madera que flotaban a favor del viento.

–Sí, señor. Al este. Pero ahora todo el parque está acordonado y se ha prohibido el acceso a cualquier persona, hasta recibir sus órdenes. Pero continuamos buscando a Elisa. Queremos encontrarla antes de que sea de noche.

–La encontraremos –dijo Fonseca–, pero ahora le daré instrucciones. En primer lugar –dijo–, quiero que mantengan cerrada la zona. Ni turistas, ni periodistas, ni vigilantes. Nadie. Y ustedes se retiran a doscientos metros del parque.

–¿Todos, señor? –preguntó el subalterno.

–Todos –afirmó Fonseca. Transpiraba más que nunca–. Quiero toda el área desierta.

–¿Y el helicóptero?

–¡Fuera también ese cacharro! –gritó Fonseca–. Que se aleje del lugar. Si lo necesitamos, volveré a llamarlo. Le-

vanten el cadáver del mono –dijo–. Trasládenlo con mucho cuidado, con una red o en una camilla, cerca del lago, a una zona de boscosa vegetación, pero cerca del agua. Le enviaré por GPS la zona elegida. Dejen el cadáver ahí cubierto por hojas, pero no completamente tapado. Como para ser visto por alguien que lo busque, pero no a primera vista.

–Entendido, señor –dijo el subalterno.

–Tú no entiendes nada –gritó Fonseca, exasperado. ¿Cómo le iba a contar al ministro que estos desgraciados habían matado al mono y que no habían encontrado a la mona?

–Yo llegaré en veinte minutos y no quiero ver a nadie en el parque –dijo Fonseca–. Absolutamente a nadie por ahí, si los necesito estarán a doscientos metros.

–Sí, señor –respondió el subalterno.

Fonseca cortó y envió de inmediato el plano con la situación precisa en que quería que depositaran el cadáver de Bubú.

Después se dedicó unos instantes a mirar fijamente el rostro de Elisa en la pantalla.

Era una mona hermosa, sin duda. Parecía más delicada que otras monas que él había visto antes. Delicada sin ser débil. Como si fuera consciente de sí misma. Suárez le había dicho que los chimpancés tenían conciencia de sí mismos, que se reconocían ante el espejo y reconocían a los demás, sabían quiénes eran. Esto lo había dejado perplejo, pero no incrédulo. En la foto la mona parecía sonreír. ¿Tenía alguna cosa especial en la dentadura o en la mandíbula? Fonseca dejó pasar el tiempo y escuchó el habla de Elisa que Suárez le había enviado, grabada, junto a la fotografía. Al principio le parecieron solo gritos confusos, ininteligibles, pero, de pronto, escuchó un matiz. Había una serie de sonidos algo diferentes. Seguramente con ellos Elisa expresaba unos sentimientos distintos. No sabía cuáles, pero eran distintos. Grabó en su móvil los sonidos

diferentes y grabó también los de Bubú. Bubú se expresaba de manera más fuerte, más firme, más segura, pero también consiguió captar ciertos matices risueños, como si el mono tuviera sentido del humor.

Se abrochó el uniforme (ahora transpiraba un poco menos) y salió a la calle. Le dijo al chófer de su patrulla que no encendiera la alarma y lo siguiera lentamente, porque pensaba caminar un poco. A cien metros había una florería. No cerraba al mediodía y eso era una ventaja. Se detuvo a mirar las flores. Había rosas rojas, amarillas, blancas y azules. Nunca se había fijado en las azules, posiblemente teñidas o algo así. Había tulipanes, nomeolvides, jazmines y caléndulas, margaritas y violetas.

—Hágame un ramo bien surtido —le dijo a la vieja empleada—. Pero no quiero ni rosas ni claveles.

La mujer siguió sus órdenes y formó un ramo variado, lleno de colores, donde el rojo y el amarillo combinaban con el verde de los tallos y el blanco de las margaritas. Pagó y subió al coche patrulla, como un novio que lleva un ramo de flores a la amada. Le ordenó que se dirigiera al parque de la Ciudadela, a la entrada, y que lo dejara allí y se volviera. Cuando lo necesitara, lo llamaría.

Era primavera y por suerte no hacía demasiado calor. Y soplaba una brisa muy fresca que erizaba la superficie del mar «y los pelos del mono muerto», pensó sin darse cuenta.

Como había ordenado, el parque estaba completamente vacío. Nadie por afuera, nadie por adentro.

Él blandía las flores como un trofeo, como las plumas tornasoladas de un pavo real. Se dirigió sin prisa hacia el este, donde estaba el pequeño lago donde a veces los niños hacían flotar embarcaciones a vela, pero más frecuentemente estaba lleno de hojas secas, frutas del nogal carcomidas por los insectos y restos de comida. La gente tiraba vasos de papel, envoltorios de chocolate y cosas así.